

17
!LAS HIJAS DEL DOLOR!



40 cts.

LA PELICULA QUE RECORDARA USTED SIEMPRE

GRANDES ALMACENES DE NOVEDADES

LA ESPAÑOLA

Plaza Santa Ana, 19 - Teléf. 3787 A

Recibidos los últimos Modelos
de París en Vestidos, Abrigos,
Capas y Blusas a precios baratísimos.
Actualmente Expléndido surtido en
Mantillas chantilli y Blonda seda
pura a precios de Regalo.

Lanería, Sedería, Lencería

LA ESPAÑOLA

Plaza Santa Ana, 19

NOVELA

— cinematográfica argu-
mentada en la película
del mismo nombre, por **M. D. Benavides**

ADAPTACION DE

«HANNELES HIMMELEART»

— DE —

GERHART HAUPTMANN

EL ESTRENO

de esta joya cinematográfica tendrá
lugar en el gran

Teatro Novedades

el día 22 de Marzo

Lea V. las obras del laureado novelista

M. D. Benavides

LAMENTACION (PREMIO GREGORIO PUEYO)
SEGUNDA EDICION 5 ptas.

EN LO MAS HONDO (novela bárbara) 5 ptas.

En prensa:

CANDIDO, HIJO DE CANDIDO

De venta en todas las librerías

Pedidos: Alejandro Pueyo

Avenida del Conde de Peñalver, 16

M A D R I D

I

LEMA:

En el regazo amable de los días
tranquilos se ha tendido el dolor.

Nace la noche y con la noche nace el silencio. El pueblo se abriga con las primeras sombras que suben de los valles, camino de las montañas. Sosiego en el hogar; una voz suave acuna a un niño, y el silencio, vagabundo de los lugares oscuros, se aposenta en el pueblo. Ecos de gritos lejanos, rumores del día agonizante, sordos murmullos de pequeñas cosas, recitado manso de las aguas en los cauces estrechos... ¡Silencio!

Por una ruta ensombrecida encintada de nieve, Juana Heiber, la doncella ruborosa de tímido hablar que le florece en el rostro, cruza arrebatada, con los brazos juntos a la altura del pecho. Camina de prisa. Su paso levanta la protesta de unos ruidos de cuya vaguedad parece fluir la inquietud como una sombra más densa que las que suben de los valles camino de las montañas... Se detiene un instante, avizora en redor escrutando la noche cobijadora de espías, y con ademán rápido, que no parece suyo, empuja la puerta que cierra la casa de Roberto Berger.

—¡Qué tarde!

Los brazos de Berger se le ofrecen como un refugio, y Juana se esconde en ellos en la brevedad graciosa de un saludo que tiene amabilidad de caricia.

—Sí, es tarde—dice.

Y su voz no comenta la exclamación de él, sino que es como la glosa de una angustia oculta.

—No he dormido en toda la noche—susurra débilmente con un aliento tibio—. Han pasado las horas y las horas me encontraron despierta. Tenía miedo... no sé de qué.

Sus miradas recorren la estancia con un temor extraño. Sólo cuando las manos de él se posan en su frente, con una presión amiga, como si quisieran apaciguar las ideas de dolor que bullen allí dentro sus ojos recobran los gratos reflejos de las horas alegres, y por su rostro resbala el gesto que riza los labios con los juegos de la risa... La voz de Berger comienza a mecer con palabras de halago, encendidas de solicitud, y poco a poco se alumbran las fuentes de la alegría y cae una gota de olvido en el mar tormentoso de los pensamientos.

—Pronto, ¿sabes?, acaso antes de un año, me ascenderán, y en seguida... ¿A qué no me dices lo que haremos en seguida?... ¿Te callas?

—Si no es eso—le interrumpe Juana, llenos los ojos de luz por aquellos auspicios—. ¡Si no es eso!—y de nuevo las nieblas de la angustia oculta apagan sus miradas.

—¿Entonces?

Suena el fragor de un alud de nieves, desprendido de las alturas. Una vibración violenta resquebraja el silencio. El pueblo se estremece. Vacilan las llamas de las luces. Un soplo de viento corre por las calles gimiendo como un niño...

—Mi padre está enfermo, Berger. La tristeza



Compre sus medias
en la
Casa Vilardell

La más impor-
tante de España

—en este—

ARTICULO

Fontanella, 17, Carmen, 73 y Riera Baja, 26

ALMACEN ————— Barbará, 16, bis



CASA CENTRAL:

Hospital, 36 y 38

SUCURSALES:

Conde de Asalto, 8

vive en él. De noche, recluído en su despacho, le oigo sollozar y maldecir...

La congoja del llanto se rompe en los labios. Juana se encoge y reduce, como una muchacha pequeñita, en los brazos de su prometido, defensa segura contra la amenaza que le acecha.

—Mi padre tiene una expresión dolorida— prosigue—. Y cuando le pregunto, fija en mí sus ojos húmedos de pena, y no me contesta.

De nuevo las manos de Berger, llenas de virtud, apaciguan las torpes insinuaciones del miedo.

—Tu padre 'lo que tiene son muchos años, nada mas. Son faltos de fundamento tus temores... Vamos, olvida. Sonrie. Mírame... así... ¡más aún!...

Cada uno recogió las promesas que a sí mismo se hacían al verse en el espejo convexo de las pupilas luminosas. Y el alegre anuncio de las esperanzas, próximas a vaciarse en el molde del deseo alejó las turbaciones de la inquietud... Sus años, ricos de vida rotunda y jovial, habían hecho un escabel para alcanzar los horizontes rojos y azules de la pasión. En sus almas, nidos de ternura, sosteníase la llama que las doncellas cuidaban en el templo de la diosa propiciatoria. Y sus amores, que no conocían el zarpazo de la tristeza, gustaban de los besos y de las risas... ¿Por qué entonces aceptar el amago del dolor?

Pero el dolor les rondaba. El viejo Heiber, comprometido en malos negocios, sentíase empujado hacia el abismo de la deshonor. Nunca la fortuna quiso mostrársele favorable, y ahora, laicas las velas de su energía, perdido el rumbo, el

padre de Juana se tanteaba en las tinieblas de la ruina.

La agresión de los sucesos le ha marcado con le estigma de la insanía, y el viejo se inclina sobre la mesa de trabajo, mirando con avidez las casillas del "debe" desde las que los números agazapados, zardeando de su catadura imposible, lanzan contra él un clamoreo iracundo... En las manos febles vacila la pluma buscando una cifra cordial que sostenga la esperanza; pero el punto sólo señala los blancos de los pagos perentorios y las cruces puestas encima de las cantidades en adeudo.

Heiber había sido siempre un contratista modesto; sin embargo, ni aun esa modestia pudo servirle de amparo al derrumbe de su poca suerte... *¿Qué hacer?*

Verdeaba su frente esmaltada de sudor y consumida de arrugas. Pasóse los dedos escuálidos por los ojos para espantar los espectros de la deshonor.... Se irguió. Llamaban con recios golpes de puño fuerte y, antes de que pudiese decir nada, abrióse la puerta, y en su marco encuadróse el capataz de los albañiles, Mattern, un hombre alto, ancho y pletórico, el rostro de líneas duras y el gesto pronto.

—¿Están arregladas esas cuentas? Los albañiles piden sus jornales.

Heiber miró desolado a las casillas de los números que acababan de decirle su fracaso económico y volvió los ojos lacrimosos a Mattern.

—Sí, hay que pagarles—insistió el capataz—. Eso no le sorprenderá a usted, creo yo.

—No... me sorprende—repuso el contratista

con un tartamudeo de congoja—. Pero así... de momento... ¡Si esperasen!

—Ya han dicho que no esperan. Mañana vence el plazo, y mañana mismo han de cobrar.

Hubo una pausa hecha de temores y de burlas. Mattern conocía la situación de Heiber y se complacía en torturarlo. Odiaba a su hija, y el odio engendrado en ella manchaba, como aliento de fiebre, los seres y las cosas que se hallaban cerca de la joven.

Fué un año antes de estos sucesos. Juana no era aún la prometida de Berger, y Mattern requirióla un día con aires de galán bravo... Juana le rechazó. Mattern rehizo sus pretensiones con el ruego humilde de una súplica... Juana volvió a rechazarle. Y una tercera vez el albañil renovó sus afanes... Juana amaba ya a Berger y no quiso oírle. Desde entonces, Mattern odiaba al padre y a la hija y en su alma nacían votos de que una maldición cayese sobre la casa de Heiber.

—Sé que va usted a tener un yerno distinguido... Sí, no se haga de nuevas: un empleado de poco sueldo y buena familia.

—Las palabras de usted son las primeras que oigo acerca de este asunto.

—¿Qué usted no sabe nada?... ¡Bueno!

Y rióse con risa estruendosa que acallaba las voces de los celos, y los deseos frustrados y el resquemor del fracaso vestían su rostro con la armadura de la ira.

—Volviendo a lo nuestro. No olvide que mañana es día de pago. Busque el dinero, y si no lo encuentra... en la caja de la Delegación hay guar-

dado un buen depósito. Allí tiene usted entrada libre... ¡No ponga esa cara! Convénzase de que un robo hábil es preferible a la cárcel.

—¿Qué dice usted, Mattern?

Balbució con pena pueril, de hombre disminuido, pues su voluntad había naufragado en el horror de las noches de insomnio, cuando el pensamiento agujereaba las prisiones del destino queriendo huir a todas las amenazas:

—Yo pagaré... no sé todavía cómo, pero ellos cobrarán. Dígaselo.

Sus labios escogidos y resecos hacían tropezar las palabras que, sueltas ya, se alzaban volando hacia las regiones del pecado, como "genios" procreadores del mal que él llevara dentro y surgidos de pronto, lo mismo que un día surgieron las aves negras del dolor al ser abierta la caja de Pandora... Oyendo su voz, Heiber sentía el vacío de su alma. Las expresiones nacidas en su cerebro enfermo eran las formas imprecisas de algo terrible... ¡Sí, tenía que pagar! El peligro acababa de mostrársele: una senda pina y larga, cubierta de guijos que lastimaban los pies, y a su término, la cárcel. ¡No, antes robar! Y el viejo, aterrorizado por la visión turbadora, aferrábase a la idea del crimen como una esperanza transitoria del dolor, puente entre el mal y el bien.

Había nacido la noche y con la noche había nacido el silencio. Las sombras espesas se aplastaban en las ventanas del despacho... Giró la puerta y Juana vaciló antes de entrar.

—¿Cuándo es la boda, señorita?

El rostro de la joven tiñóse de sombras y sus

ojos procuraron recatarse a la mirada astuta y viciosa del albañil. Logró reponerse y saludó:

—Buenas noches, Mattern. ¿Cómo te encuentras, papá?

—Su papá se encuentra bien, muy bien... Hasta luego, señor Heiber. Espero su respuesta esta noche.

Detúvose cerca de Juana y con voz turbia y roncorosa dijo:

—Adiós, señorita... Volveremos a encontrarnos, y más pronto de lo que usted se figura.

Solos padre e hija, Juana intentó penetrar el sentido de las palabras de Mattern, y el viejo entregóse al suplicio de sus pensamientos. Dolíanle las sienes martilleadas por el dolor, y su cuerpo derrengábase vencido. Dos ideas tenaces iban barrenando su alma: la idea de la cárcel y la del robo, y entre las dos, sin saber a cuál atender, manteníase fluctuante, esperando algo que pusiera fin a sus indecisiones.

—¿Qué tienes, padre?... Tú me ocultas la verdad de algún mal.

—Hija mía, una pregunta: las deudas hay que pagarlas, ¿no es verdad?

—Claro.

—¿Por encima de todo?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Contéstame.

—Por encima de todo.

—Gracias, hija mía.

Heiber, sin darse cuenta, por su deseo inaudito de salvarse, había puesto los cimientos de la idea

Almacenes Alemanes

PELAYO, 20

La Casa que vende más barato de Barcelona

Relojes, Bisutería fina, Perfumería, Utiles para afeitar, Objetos para regalos, Artículos de piel, Objetos para escritorio, Electricidad, Óptica, Fotografía, Batería de cocina, Artículos para mesa, Cristal, Loza, Porcelana, Juguetes, etc., etc. : :

No dejar de visitar esta casa



El reloj «Election» representa la última palabra de la técnica y más de 80 años de experiencia. Ocupa lugar en la primera fila entre los mejores relojes que se fabrican en Suiza: Al obtener el Gran Premio en Berna en 1914, quedó oficialmente probada la suprema calidad del reloj Election.

del crimen sobre unas palabras puras, arrancadas falazmente.

Transcurrió una hora congojosa, preñada de augurios desgraciados... Heiber dejó el despacho, saliendo a la calle. Sus pasos lleváronle a través de la noche. Entró en una taberna.

—Le esperaba, señor Heiber. ¿Qué ha decidido?

—Nada... no puedo pagar.

Los labios de Mattern plegáronse en una mueca rugosa y rezumante de gozo.

—Si usted quisiera... ;Estoy dispuesto a salvártle si me concede la mano de Juana!

—¡Yo no vendo a mi hija, Mattern!

Irguióse Heiber y, sostenido por un resto de energía, salió de la taberna. Todas las sombras le salieron al paso.

—Por encima de todo—dijo.

Y miró a las sombras como a posibles conocidos que desde entonces le acompañarían siempre.

II

LEMA :

**Voces de maldición ahuyentan la
paz de las almas. Crece el dolor y se
desborda el llanto.**

Despertó el día neblinoso y huracán, aprisionado bajo la bóveda de las nubes, lentes y pesadas. Luz cenicienta. El sol agonizaba envuelto en un sudario frío y húmedo. Los ojos del día mostraban cargados de lágrimas. Y el pueblo, ago-

biado por este despertar, producía rumores sordos. Apenas si los tonos de la nieve, de una blanca carnosa, ponían una nota de juvenil frescura en la mañana.

De súbito la voz cansina de un viejo alborotó el lugar. ;Se había cometido un robo en la Delegación!... Las gentes se estacionaron formando grupos runruneantes en los que se urdía un preso de fuerte dramatismo. Sobre la noticia escueta, la fantasía de las comadres cimentaba la simpleza de unos comentarios, en los que la imaginación, como bruja de sábado, poníase a horcajadas para volar por la atmósfera adusta de las suposiciones cocidas en un caldo de ideas de exterminio.

Juana Heiber, jugosa y rosada, envidiaba de aquellas horas místicas, acercóse a uno de los grupos, y de labios de mujer oyó las primeras noticias.

—¡Qué pena, señor, qué pena! —fué su comentario.

Volvióse a su casa con pisadas menudas, en un deseo de pequeña urgencia por referir a su padre el suceso.

—¡Han forzado la caja de la Delegación!

Sus brazos abarcaron la amargura que destilaban las palabras.

—Quién habrá sido? ¡Algún desgraciado!

Se cortó su voz partiendo en gritos débiles de estupor doloroso. La mirada del viejo llena de recelo, su aspecto extraño de loco conmovido, la cabeza caída hasta hundirse la barbilla en el pecho y las manos aplastadas encima de la mesa, le sobrecojeron de miedo.

—Padre, ¿qué esconde ahí?

Las manos de Heiber arañaron unos papeles arrancándoles largos crujidos, como si las uñas se clavasen en astillas secas. Y la verdad aplastó a Juana con su fuerza inaudita.

—¡Padre!...

Fué la exclamación un apóstrofe genebundo que se quebró de pronto. Retrocedió anonadada crucificándose en la pared. En las ropas negras en las que lucía el rostro allá, en lo alto, como forma sagrada de belleza, surgieron los brazos con las manos extendidas.

—¡Tú... eres él ladrón!

Como figuras de aguafuerte destacábanse el padre y la hija en la luz penumbrosa de la estancia. Retorcido sobre sí mismo el viejo, como sarmiento echado al fuego, y ella, siniestra en su dolor, vacilante y vencida... Oíanse los aletazos de los cuervos de la angustia volando hacia los corazones para despedazarlos a picotazos... ¿Qué había sucedido? El viejo Heiber, el bondadoso Heiber, ladrón?

—Por encima de todo, me dijiste, padre. Y al decírmelo me engañabas.

Temblaron las manos suplicantes tendidas a la hija... Juana pensó: "Yo soy como una pobre-cita huérfana sin amparo. ¡Mi padre ha muerto!" Fijó los ojos en él y se dijo: "Y él es otro huérfano como yo". Y ahora fueron sus manos las que revolaron en el aire posándose en la frente de Heiber, palomas etícarísticas del amor filial... Ella comprendía que el viejo rendido en sus brazos sólo era un pequeño ser, como un niño enfermo, y sus

LE PRINTEMPS

5, PLAZA UNIVERSIDAD, 5
BARCELONA.

LIQUIDACION general por
próxima reforma de nuestros
almacenes

LOS DESCUENTOS ABARCARAN A LAS SECCIONES SEDERIA, LANERIA, LENCERIA, ALGODONES, CONFECIONES Y JUGUETES, ALFOMBRAS Y ADREDONES. FLUCTUARAN ENTRE EL 10 Y EL 50 POR CIENTO • ADEMÁS, ALGUNOS DIAS DE LA SEMANA O DIARIAMENTE, SI EL FAVOR DEL PÚBLICO NOS CORRESPONDE, LIQUIDAREMOS LOTES DE • GENEROS EN LA SIGUIENTE FORMA: • A LAS 11 CON 50 POR CIENTO DESCUENTO A LAS 12 CON 40 POR CIENTO DESCUENTO A LAS 15 CON 50 POR CIENTO DESCUENTO A LAS 16 CON 60 POR CIENTO DESCUENTO

De las 17 a las 19 REGALAREMOS el resto no vendido, por partes iguales o sorteadas, a las señoras que hubieren efectuado compras en estos ALMACENES durante el día

besos rociaron la cabeza blanca alrededor de la boca con el fuego del perdón.

—Espérame aquí, padre. ¡Por Dios no salgas!

Corrió por las calles hasta llegar a las oficinas en que trabajaba su prometido y, con la fatiga en los labios, dijo las palabras graves que revelaban la culpa del contratista.

—¡Es menester salvarle, Berger!

Berger guardó un silencio hosco. En su alma había entrado el aliento devastador de la desilusión.

—Nadie debe saber que es culpable!

Berger seguía encerrado en su mutismo, sin que los ruegos animasen su gesto con el calor de una promesa. Rígido y estrecho, negaba la esperanza... Juana se contorció raída por el espanto y sus brazos enlazaron al hombre.

—Por el recuerdo de los días mejores en que el amor nos unió; por las palabras buenas que mis besos hicieron nacer en tus labios, salva a mi padre. ¡Sálvalo, arrado mío!

Brusco y grotesco en su brusquedad de espíritu pobre, Berger rechazó a su prometida rehu yendo la solicitud de sus brazos. Y sus labios persistieron en su mudez, porque mudo estaba también su pensamiento, y muda su alma, y mudo el recuerdo... Y las palabras comenzaron a negársela a Juana, y las lágrimas no asomaron a sus ojos porque la mueca del espanto había soplado en ellos secándolos. Y he aquí que Juana no comprendía nada. Cogida por el terror, se estremecía y sus nervios vibraban tensos como cuerdas de stupicio. Pero rogó aún y reprodujo su ruego una

y otra vez. Y él no la oyó: cerrados habían quedado sus oídos a las voces imploradoras.

—¡Berger, dí algo!

Erguido, seco como viento norte y duro como roca. Berger permanecía impasible.

—Berger, ¿lo has olvidado todo?

Las mandíbulas de Berger uníanse adquiriendo la cohesión molecular de una piedra, obstruyendo el paso a la palabra de consuelo. Y ella pensó de nuevo: "Yo soy una pobrecita huérfana sin amparo..." Con paso humilde y titubeante avanzó hacia la puerta, volvió el rostro, en que el dolor había puesto ya la marca de sus zarpazos...

—Si supieras la verdad... toda la verdad...

Y salió con menguada vida y sin alma, pues ésta acababa de sepultarse para siempre bajo la losa del silencio de Berger.

Y llegada fué la hora del sacrificio. Mattern estaba en su casa. El albañil parecía gozoso y como esponjado por la catástrofe, que él mismo, con insinuaciones vertidas en el pensamiento de Heiber, un día y otro día, atento al derrumbe económico del contratista, había ido preparando.

—Señorita Juana, ¿viene usted de avisar a la policía o quiere que yo sea el que denuncie a su padre por ladrón?

La joven contuvo la congoja que se le desbordaba dentro del pecho. Miró a su padre derribado sobre las rodillas, miró sus ojos turbios de fiebre y de miedo, miró su cabeza tronchada como fruto podrido, y rehaciendo en su memoria el último recuerdo—“¡Berger, dí algo!”—, perdidos los sueños que con tanto cariño había cuidado,

miró a los lejanos horizontes de la desesperanza en los que su pena se diluiría en el transcurso del tiempo mecida por la muerte, y sollozante se arrastró hasta el capataz.

—Mattern, olvide lo que pasó entre nosotros. ¡Salve a mi padre y yo seré su mujer!

—¿Y si fuese tarde, Juana? ¿Y si yo ahora me negase a ayudaros? ¿Quién se acordó hasta hoy de Mattern?

Y el albañil avanzaba hacia ella con los ojos fulgurantes, enruedicas las facciones por la caricia de brasa de la pasión. Juana se resistió a su abrazo.

—¡Usted no hará eso Mattern! ¡Yo sé que usted no lo hará!

Había en la noche un sombrío horror propicio a la fuga de Heiber, como la noche postrera lo había sido al robo. El cielo estaba ciego. Todos sus ojos hallábanse ocultos en el seno azul... Las sombras tenían despejadas de curiosos las calles. Rachas de ventisca empujaban las pequeñas flores blancas caídas de las nubes.

Huyó sólo el contratista. Y Juana quedóse sola en el pueblo. ¿Qué iba a ser de ella?...

Pasos turbadores se acercaron a la casa. ¿Quién sería? Juana abrió la puerta. Berger, enviado por orden del jefe de la Delegación, venía a detener al viejo.

—Un buen hombre acaba de salvarle... Déjalo huir, ¡no te interpongas en su camino!

Y hubo un instante para la ilusión. ¡Sólo un instante! Las manos de Berger sintieronse piadosas y enjugaron las lágrimas de la huérfana. Pero

pasó el instante y las manos de él la abandonaron. Juana le tendió los brazos en una oferta suplicante.

—¿No sabes, Berger, no sabes que tú...?

El salió, silencioso, como había entrado. Y el nuevo golpe del dolor derribó a la joven.

Y fué llegada la hora terrible del más doloroso de los sacrificios, en la que su antiguo amor ascendería a su Gólgota.

Batida por la desesperación, Juana sollozaba cara al suelo, cual si su pena quisiera abrir en él una fosa. Y como si luces de aurora viniesen a rasgar las tinieblas que la envolvían, creyó sentir que la cogían suavemente, blandamente lo mismo que otras veces.

—Has vuelto al fin, amado mío? ¡Oh, qué bueno eres!

Pero era Mattern el que la oprimía pidiéndole una limosna de cariño... Quiso gritar, y el grito agonizó en su garganta.

—Es que han sido inútiles mis esfuerzos por salvar a tu padre? —preguntó él con iracundia.

—No, Martten. Espera. Oyeme...

—Seré tu esposa; pero ¿querrás ser el padre del hijo que ha de nacer de mí?

Un grito ronco de Mattern impuso una tregua al espanto de Juana. Ahora el hombre sufría en todas sus ilusiones. En su corazón luchaba el odio y el deseo, y el furor de los sentimientos encontrados vertíanse en su gesto.

Y fué el deseo el que venció. Y ella, que consumaba el más doloroso de los sacrificios, esperaba

que el alma se le huyese lejos, muy lejos, donde nadie pudiese herirla...

III

LEMA:

Se acerca la hora triste en que
las figuras calzarán el coturno, y
pasarán las furias amedrentando el
alma blanca de un niño.

Los sordos hilos del tiempo tejieron la trama
de nuevas ideas... Catorce años han corrido.

Juana tuvo una hija y tuvo también un dolor.
¡La pobre Juana Heiber! Un dolor siempre igual
de punzante dolor que todavía perdura y suscita
la agría idea de que no la abandonaría ni aun des-
pués de muerta.

Juana tuvo una hija.

¿Cómo es la hija de Juana?

—Calma, amigos míos. Yo os lo diré. Yo os
lo diré....

Juana tuvo una hija, Juanita. ¿Conocéis acaso
a su padre? Sí, su padre es Berger, pero ella no
lo sabe. Para la niña, el hombre ungido con los
óleos de la paternidad se llama Mattern, el albañil
grosero, sucio, borracho y violento que insulta y
golpea a su madre, que pega a la niña—¡tan p-
quita cosa!—y grata y amenaza, y, cuando sale
de casa, deja los ojos cargados de lágrimas y
cuando regresa las hace asomar.

—Juana, ¿qué ha sido de tí desde la noche ter-
rible hasta hoy? ¿Por qué tus labios parecen

GRAN ALMACEN
LAS ONCE PUERTAS

GRAN LIQUIDACION
DE TODAS LAS
EXISTENCIAS A
PLAZOS Y AL CON-
TADO POR DERIBO
DEL LOCAL :

Ronda San Pablo, 56

32, Princesa, 32

musíos y están pálidos como si los gemidos los hubiesen arrasado? ¿Es que no volvieron a rizarlos los juegos de la risa? Cuéntanos Juana, cuéntanos. Te oímos...

Eras joven entonces y bella; el suave encanto de tus frescos años rimaba con el alboriza de tu corazón. Todas las noches, sin faltar una, juntos en el quicio de la puerta, Berger y tú; qué cosas os decíais! Daba gusto vivir... Todas las noches al llegar la hora mansa y sedosa que se sale del crepúsculo y vosotros llenabáis de rumores de caricias, las estrellas bajaban a mirarse en tus ojos con la misma alegría con que suelen mirarse en el cristal de los lagos y de los ríos y de los remansos, y aun en el pequeño cristal de un charquito nacido de la lluvia, pequeño cristal que los hombres desdefian y eso que saben que los charquitos son los espejos preferidos de Dios... ¿No sentiste nunca, Juana, cómo tus ojos, lo mismo que si fuesen hechos de cielo, se cuajaban de estrellas? Es que a veces las estrellas se quedaban en tus ojos, y en esas noches el cielo aparecía negro, negro... ¿Con qué gentil descuido te entregabas a la vida! ¿Te acuerdas de lo que te dijo aquel poeta que pasó de camino por el pueblo? Te dijo así:

Juana, blanca Juana de sueños blancos,
como blancos vellones de oveja...

...Hasta que un día...

—¿Qué hiciste, Juana? ¿Por qué te casaste con Mattern?... Un hijo iba a nacer de tí. Solemnes promesas precedieron a su creación... ¡Ah,

viejo Heiber, tu pobre vida agostada no tenía derecho a sacrificar víctima tan moza!

Desde entonces ella fué lo que es ahora: ¡La pobre Juana Heiber! Catorce años bastaron para secar su cuerpo y su alma, y hoy es como una vieja que marchase a su acabamiento, cansada de sufrir.

—¿Y Juanita?

—¡Niños, hijos del sol, os presento a Juanita!

—¡Eh! ¡Eh!... ¡Princesa mendiga!

—¿Qué gritáis? ¡Por qué os burláis de Juanita?

Ahí va la niña humilde, ángel perdido en la tierra, cubierta de harapos. Dejó en la casita obscura—casita sin fuego, casita sin amor—a su mamá enferma con un beso y una esperanza: la diríe oyendo el parlar de gorrión de la hija. Ahí va la niña humilde hacia la iglesia. En el pórtico de la iglesia, grupos bulliciosos esperan la hora de la oración y de la enseñanza, y Juanita con un ruiseñor en el alma va de unos niños a otros, y todos le vuelven la espalda.

—¡Eh! ¡Eh!... ¡Princesa mendiga!

No la quieren. Claro, ¡sus vestidos están rotitos! Además, es la hija de Mattern, el borracho... Ella se aleja y sonríe mirando a los niños.

Suenan las notas aterciopeladas, alegres como risas infantiles, de las campanas de los niños, campanitas gloriosas vaciadas por ancianos de dulces rostros que ya han visto pasar la vida y saben cómo deben fabricarse estos pequeños bronces a ellos destinados.

Se abren las puertas de la casa de Dios... No; la casa de Dios lo es el mundo. Entonces, ¿qué

es la iglesia? la iglesia será como una sala de recibir de Dios.

Sale el maestro Gottwald. Los niños entran. Juanita, rezagada, vacila. ¿La dejarán entrar con sus rotas ropitas? El maestro fija en ella sus ojos, y con su mirar claro y tibio envuelve a la niña pobre en una onda de ternura. Se acerca a Juanita, pasa sus manos de afilados dedos, finos y suaves como lirios, por la humilde cabeza, que se inclina al peso del contento que la caricia, del maestro le produce; la coge de una mano, y así, los dos, entran en la iglesia.

Las notas del órgano explayábanse en el templo como pétalos desprendidos de la azucena armoniosa de un recitado angélico. Las voces azules de los niños simulaban el blando batir de blancas alas. Y Juanita, sustraída al mundo de las cosas pobres, abandonóse al éxtasis y sus labios en flor exhalaron el perfume del ensueño. Sombras moradas tendíanse como un velo sobre el coro. Y rayos malva herían los vitrales. En el regazo de Dios iban cayendo las oraciones, como en la tierra caen las flores durante los días primaverales.

Cesó la fiesta de las delicias pueriles. Corrieron los niños hacia la salida. Juanita se fué también llevándose los dones bondadosos del maestro Gottwald: — “Para este corderillo, enfermo de tristeza, sean mis mejores palabras.” — Y al verse sola en la calle, sin la compañía de amigos, porque no la querían sus hermanos en edad, corrió — ¿cómo los otros niños? Le faltaba su alegría — camino de la casita obscura.

Los gritos de Mattern la detuvieron en la puer-

¿Necesita V. comprar coche?

Visite la casa J. PLA

la única que por poco dinero puede facilitarle

Automóviles

de todas las marcas

que reunen el

Máximo } de economía
 } de seguridad
 } de garantía
 } de solidez
 } de elegancia

COMPRA - VENTA - COMISIÓN

EXPOSICIÓN:

Calle París, 210

(antes Industria)

OFICINAS:

Calle Balmes 167

Teléfono 176 G.

= BARCELONA =

ta. ¿Por qué gritaba el albañil? No hay que extrañarse. Juanita tampoco se extrañaba. Mattern gritaba siempre: si borracho, por estarlo, y por no estarlo, las ocasiones restantes. Mas de esta vez no era así. Podían presagiararse sucesos dolorosos.

¡La pobre Juana Heiber!... Llevaba muchos años negándose al tormento del recuerdo que le traía a la memoria el sabor de las horas del vivir ilusionado, ricas en promesas como los ciclos fecundos de las albas abreñas. Al abandonarla Berger, que huyó a la ciudad, ella puso sobre su corazón, sombrío como un túmulo, el paño negro de la viudez. Y dejóse llevar por los días y por las horas sin esperanzas de redimirse, cerca de Mattern, el bárbaro marido que, creyéndose fracasado en su amor después de oír la dura confesión de la hija de Heiber, renunció a los goces de la existencia en un hogar amable.

Y aquella mañana, mientras Juanita estaba en la iglesia, el albañil volvió a su casa con rumbo de gesto y algazara palabrera.

—¿Sabes a quién he visto? Al nuevo alcalde. —Y sabes quién es el nuevo alcalde? Tu antiguo amante... ¡Alégrate, mujer!

Juana doblóse como una hilacha al viento:—¡Señor, Señor, no te conduyes de verla sufrir!

—Vuelve casado —añadió Mattern.

Juana se rindió encima de una silla, temblorosa figura de pasión a la que la muerte no amaba:—¡Señor, Señor! ¿Durará aún mucho el martirio de esta mujer?

—Desde hoy no nos faltará dinero. Bien ha hecho Berger en venir a vernos, aunque tarde o

temprano debía ponerse a mis alcances... ¿Qué se creía?

Juana alzó sus ojos, pero no pudo implorar, y como ya no tenía lágrimas, no pudo llorar. Sólo lloraba su alma, y las lágrimas del alma no se ven; se deslizan lentas y ardientes, como pez hirviendo, por dentro del pecho;—“¡Señor, Señor, dirige una mirada a esta tu criatura enferma y librála del mal de la vida!”

Mattern buscó un aparte en una mesa y se puso a escribir. Marchaba la pluma por el papel, y por el pensamiento marchaban ideas torcidas. Juana no podía contener el llanto de su alma.

Concluyó Mattern su aparte, levantó el papel y leyó:

“Muy señor mío: La dadora debe interesarle mucho al señor alcalde, si se acuerda de su última estancia en ésta hace catorce años, y si no se acuerda, yo me ofrezco para darle detalles. Su respetuoso servidor, Mattern, albañil.”

Entonces la voz de la mujer—al fin hablaba encontrado escondida en su corazón—gimió:

—¿Qué has hecho, Mattern?

Y sus manos intentaron adueñarse de la carta.

—Quita, bruja!

Y ella fué una vez más golpeada en su cuerpo, dolorido como una llaga.

Momentos turbios desgranaron la semilla de obscura, y el albañil, con acritud de frase y ademanes rudos, le ordenó llevar aquella carta. La niña no se atrevió a besar a su madre, caída en el suelo y estremecida por los sollozos.

Llamó en la Alcaldía. Una mujer hermosa preguntóle por qué llamaba. La mujer hermosa leyó la carta y se volvió fea. De pronto sus manos apartaron del rostro risueño de Juanita los cabellos sueltos y fijaron en él una mirada dura e indagadora. Luego la despidió:

—No hay contestación.

Los albores de la noche anegaban el pueblo en sombras. Caía la nieve en copos menudos y despaciosos. El viento habíase quedado en su gruta, pues aquella noche era la de Natividad y llevaba muchos años sin celebrarla. Por entre el silencio insinuábanse las risas de los niños congregados alrededor de un árbol de Noel, en alguna casa llena de grato calor y aromada por las frutas de la invernada con que se preparan las compotas: peros de diciembre, manzanitas de San Juan, membrillos traídos de países lejanos y conservados en camas de paja, higos de Italia...

Juanita caminaba por las calles con los pies ateridos dentro de los zapatos sin suelas y sonriente, sintiendo un poco de alegría porque llegaban hasta ella estos olores apetitosos y los ruidos de las zambombas y la música de violines de los bailes... Llegó a la plaza del pueblo, rumorosa y salpicada de luces, y se paseó curioseando los puestos de juguetes, poniendo sus manos, agrietadas de frío, en todas las cosas bonitas.

—¡Eh! ¡Eh!... ¡Princesa mendiga!

Tres niñas como ella—altas como ella, blancas como ella, de cándido mirar como ella—se reían señalándola con el dedo en un gesto de incons-

ciente crueldad. Juanita sonrió viéndolas tan alegres.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Princesa mendiga!

Un mozuelo torpe, ni niño ni hombre, acercósele cauteloso, y por el cuello del vestido le arrojó una bola de nieve.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Princesa mendiga!

Juanita huyó, bañadas las espaldas en el agua fría de la nieve y el pensamiento inquieto por aquél dolor que le infligían no sabía por qué.

Sentóse en un poyo, en una calleja solitaria, donde la noche parecía haberse refugiado con todas sus negruras y todo su silencio, como si se alejase de los lugares del bullicio y acudiese a los sitios que no invaden los humanos tumultos.

Tenía miedo de volver a su casa. ¿Por qué le pegaba Mattern? ¿Por qué era malo y hacía llorar a su madrecita? Tan sencillo como es ser bueno! Así, lo mismo que el maestro Gottwald. ¡Qué gusto si el maestro Gottwald fuera su padre!

Y la noche guardaba a la niña, ocultándola al maestro que la buscaba.

“Juanita, ¿no sabes que tu mamá se está muriendo?”

No, ella no lo sabía y se estaba allí, en el poyo, acurrucadita en las sombras y viendo caer la nieve.

“Juanita, ¿no sabes que tu mamá te llama?”

No, ella no lo sabía y se estaba allí, en el poyo, acurrucadita en las sombras y pensando

Pero el maestro Gottwald la encontró y la poyo, acurrucadita en las sombras y pensando

condujo a su casa, cuando su madre ya había muerto, cansada de sufrir.

¡La pobre Juana Heiber, ni aun en su última hora gustó el bien al que dió tantas voces en vano! ¡Ni besar a su hija pudo!

¡La pobre Juana Heiber!

¿Quién guiará ahora los pasos de la "Princesa mendiga", de la hija del dolor?...

IV

LEMA :

¿Quién asustó a Juanita, haciéndole la mueca del terror? ¿No sabéis que en los ojos de la divinidad se cuajan las lágrimas cuando llora un niño?

Mes en que se desposan los hielos: clavar de agujas en la carne y lágrimas de fuego blanco — calor de nieve — en los ojos. Luz acerada, hiriente y desasosegadora. Noches blanquinosas; rayos de luna en paisaje nevado... Mes en que se desposan los hielos; frío de los pobres que mueren en racimos, frío de enero. El viento que baja de las cumbres, vistosas con su copete de plata pulida, hace esqueletos.

Juanita es una huérfana de dura orfandad. Antes aun sabía reír, porque conocía las gustosas caricias maternas. Ahora, no. Mattern la castiga más, la asusta más que en los días, que ella no olvida, en que vivía su madre. El destino de la niña es el de huir del miedo sin que el miedo la

NO DEJE V. DE VER LAS HIJAS DEL DOLOR

La única película que ha merecido

los honores de exhibición en el gran

Teatro
de la Opera de Berlín

Concesionario
para Cataluña, Aragón y Baleares

MARAVILLA FILMS
Paseo de San Juan, 33

deje. Ella siente en su cuerpecito misérísmo, cubierto por ropas en que los rotos abren lunares que besa enero, el miedo a los golpes del albañil, golpes de borracho que maceran y llagan; ella siente en su cuerpecito enflaquecido el miedo al hambre y el miedo al miedo; el miedo que fluye de su padre, como la tristeza fluye del crepúsculo, cuando la niña vuelve a casa después de peregrinar pidiendo limosna... Mattern vive de su hija: la huérfana va por las calles tendiendo su mano, y llama en las casas con el fatigoso ruego de la caridad para que él no la pegue y no le diga las palabras secas del insulto.

— ¡Largo, arrapiezo! ¿Es que te figuras que yo te voy a dar de comer?... Pídeselo a tu padre.

Juanita no comprende las últimas palabras. Se imagina que Mattern no la quiere como hija, y esto le da pena. Mattern es malo; Mattern es terrible. Pero todos los niños tienen un padre, ¿y qué sería de ella si no lo tuviese?

— Padre, no han querido darme más — dice Juanita —. Pero no importa, no te incomodes; cogeré leña en el bosque, mucha leña, y la venderé.

El mediodía acababa de pasar. Poco camino podía haber hecho. Sin embargo, la tarde espolvoreábase con la luz cenicienta que regaba un cielo adusto, gris en su centro y, en la línea de la circunferencia en que parece encerrarse, de un negro traslúcido, detrás del que se adivinaban extensiones de nieve abullonada. Dijérase que la noche, perdido el horario, llegaba a destiempo. La respiración de los montes próximos, casi suspendidos sobre el pueblo, cubrían a éste con un vaho

cristalino que pellizcaba las pupilas y hacía temblar los párpados. Era aquel frío un frío todo estremecido y rabioso.

Juanita caminaba sin rumbo, porque el soplo helado le cerraba los ojos. Sufría el arañazo del frío y aliviábase con el aliento el dolor de las manos, sacrificadas en la tarde.

Unos chiquillos la llamaron desde un portal.

— ¡Eh! ¡Eh! ¡Princesa mendiga!

Y la amenazaron con los puños cerrados.

Un hombre le dijo al pasar:

— Es un buen bribón Mattern, el albañil. ¿Le dura aún la borrachera de ayer?

Y el hombre se reía burlándose de la niña.

Juanita comenzó a correr, y cuando hubo corrido mucho, se paró. No había nadie en aquellos sitios.

Se puso a recoger la leña esparcida aquí y allá, trozos de maderos gordos y pesados, ramuchas erizadas y astillas, los restos de una corta reciente. Los iba apilando en sus brazos; pero sus brazos eran tan débiles, que la leña se le caía sin que ella lograse nunca formar un buen brazado.

Ya no tenía frío; corría el sudor por sus mejillas, en las que el trabajo pusiera manchitas de una rojez que las escandalaba como el fuego de las chimeneas a los rostros que se inclinan para ver los genios que danzan en las llamas. Todo el frío parecía haberse metido en sus pies, que apenas la dejaban andar.

Se volvió con un poco de susto. La pila acu-

mulada en sus brazos se cayó. Juanita no hizo caso. Sonreía.

—Buenas tardes, maestro Gottwald.

El maestro la cogió de las manos.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué ya no vas al colegio?

—Papá no me deja. Siempre tiene sed, y, si no le llevo dinero, me pega. Ahora soy una pobrecita que pide limosna.

—¡Mi niña! ¡Mi pobre niña!

Sollozaban las palabras del maestro, y sus caricias eran suaves, de una ternura rica en matices, que ella sentía como el trasunto de un sueño magnífico.

—Yo me acordaba mucho de ti. “¿Por qué no vendrá Juanita?”, me preguntaba. Y no sabía qué pensar.

Huyó el miedo del alma de la niña. El buen maestro tenía virtud, y esta virtud beneficiaba a la huérfana convirtiendo su pensamiento en un paraíso azul por el que volaban mariposas de oro... En sus horas alegres, cuando la imaginación daba en ascender a las mansiones del ensueño, había visto a su madre, de una belleza cándida, adornada con un largo y sedoso velo blanco, y había visto al maestro Gottwald avanzar con los brazos abiertos queriendo asir formas indecisas de imágenes sútiles, como de ángeles. ¿Era a su madre a quien buscaban los brazos del maestro Gottwald o era a ella, a la huérfana Juanita? Si ella no fuese tan tímida, se lo hubiera preguntado en esta ocasión.

Regresaron juntos, cogidos de la mano, como

dos amigos. Hacía mucho tiempo que Juanita no había jugado; pero aquella tarde estaba tan contenta como si un juego lleno de risas con muchos niños le dejase aún su sabor.

Cerca de la casa de Mattern, el maestro y Juanita se despidieron.

—Adiós, mi niña. Yo no me olvido de ti.

—Y yo tampoco me olvido de usted, maestro Gottwald — dijo Juanita con sofoco, como si su corazón atolondrado le temblase en la voz.

Y al quedarse sola, pensó:

—Es a mí a quien él tendría sus brazos.

Y no entró en casa de Mattern, yéndose por las calles no sabía a qué. Estaba alegre, muy alegre, con mucha gana de reír bajito para que nadie la oyese. Quería reír y buscaba un sitio oculto donde ponerse a jugar con su risa... Se escondió en los porches de la plaza, apoyóse en una columna y comenzó a reír tal como lo había pensado, con una risa apagadita, inoíble, una risa que no le alteraba las líneas del rostro y ponía en sus labios la gracia donosa de un beso infantil.

De pronto acordóse que no tenía dinero que llevarle a Mattern, y pasó por su olvido de no haber hecho un buen brazado de leña sin angustia... Juanita vagó por las calles llamando en todas las puertas.

—Un bien de caridad para la hija de Mattern, el albañil—pedía.

—Que trabaje tu padre y no sea borracho—le decían en todas las casas.

Llamó en la Alcaldía.

—Un bien de caridad para la hija de Mattern el albañil.

Salió la mujer del alcalde, la miró con ira y despidióla sin darle nada.

Dentro, Berger preguntó:

—¿Quién estuvo ahí?

—La niña que trajo la carta el otro día.

—¿Y por qué no la hiciste pasar? Tú sabes...

La mujer miró a su esposo con furor reconcentrado, nerviosa y ahogada por la cólera.

—Tú sabes...

Otra vez llamaron en la puerta.

—¿Quién es?—preguntó ella con acritud.

—El maestro Gottwald.

Entró el maestro. Su presencia aclaró los rostros y puso paz en los pensamientos. Pero el maestro venía a hablar de Juanita.

—Tenemos el deber de hacer algo por esa niña, señor alcalde. Su padre es un canalla (Berger ocultóse el rostro en las manos) que no se cuida de su hija, si no es para exigirle a golpes que pida limosna y le lleve dinero...

—Bien, bien, maestro Gottwald...

La mujer miraba a su marido fiscalizándole la intención, poniéndole obstáculos en el camino de los sentimientos.

—Le agradezco a usted el interés que se toma por esa pobre niña. Ahora pensaremos lo más conveniente y...

Los ojos de Berger no se apartaban de los de su mujer.

—Por supuesto, el asunto es tan delicado que lo trataremos como si no fuera cosa nuestra.

Y mientras el maestro y Berger pensaban en la manera de ofrecer a Juanita unos días mejores, la niña perdíase en las calles, temiendo el instante de regresar a su casa. El miedo y la tristeza pesaban sobre ella, tan pequeñita que no se comprende cómo tenía fuerzas para resistir.

El silencio rezaba su oración a la noche. Reposado y calladito, el pueblo parecía como de cuento. Rumores solemnes se espaciaron en la atmósfera seca y transparente rodando en ondas blancas de luna. De cuando en cuando un perro gañía aterrado viendo las sombras que se deslizaban a lo largo de las paredes encendidas con la luz enfermiza del maleficio lunar.

Juanita sonrió a un viejo que se llegó a ella sonriéndole también. Era un viejo muy viejecito que tocaba el arpa y vivía de las limosnas que le hacían, no se puede decir si por su música o por su miseria.

—Niñita, ¿miras al cielo? Está muy hermoso. A mí el frío casi no me lo deja ver... Bueno, niñita, ¿muchas limosnas?... ¿No te han dado nada? Pues a mí tampoco.

Lo decía sin pena, como si él no viviese de la caridad y ésta sólo fuese un pretexto para que se revelase la bondad o la maldad de las gentes.

—Hace mucho frío, niñita; pero ¿qué le vamos a hacer?... ¿Quieres calentarte con la música de mi arpa? Es una gran cosa la música. Yo siento frío, ¿no es verdad? Pues bien: me pongo a tocar y poco a poco, poco a poco me entra un calor... y ¡nada, se acabó el frío!

Las dulces manos del viejo arrancaron armo-

nías nuevas a las cuerdas del arpa, y los dos pobres de espíritu infantil abrigaron sus cuerpos atemidos y sus almas apenadas en el ropaje de la música y ya no sintieron el martirio del frío. El tiempo pasaba a su lado y el frío también, y ellos no hacían caso. La noche llenaba todo el pueblo, y la niña y el viejo seguían oyendo las melodías inefables gratas al Señor del Rey David.

—Se acabó, niñita. Dame un beso y hasta otro día.

Juanita encontró el miedo esperándola a la puerta de su casa. Se detuvo sin atreverse a entrar. Hablaban dentro. ¿Quién estaría con Mattern? Un hombre asomó, llevando a cuestas un catre. Y el miedo que estaba esperando a Juanita, comenzó a crecer y creció tanto, que ella vaciló sobre sus piernas...

—¿Has vendido la cama de mamaíta, padre?

Se abrazó al hombre para que no se llevase el catre.

—¡No lo vendas, padre! ¡Yo pediré limosna, del día a la noche, siempre, siempre...!

Mattern empujó a la niña y el hombre salió con el catre. Quedaron en la casita obscura el padre y la hija. El albañil, enloquecido por la oposición de la niña, comenzó a golpearla una vez y otra vez, y otra, y otra... en la cabeza, en el pecho... en todo el cuerpo.

—Vete... o te mato!

El terror manchó los ojos de la niña y manchó su alma blanca. Pudo huir y corrió perseguida por el miedo, que quería metérsele en el corazón. Cuando ya no pudo correr, tuvo una sorpresa

Pianos

Armoniums

Autopianos

Pianos eléctricos

Música y Rollos

VENTA :: ALQUILER

= Casa =

WERNER

Ronda =

Universidad, 31

TELEFONO 1474 A



agradable: ella había corrido más que el miedo. Pero si no era miedo, ¿qué sensación extraña era aquella que llenaba su corazón? Juanita no lo sabía.

Encontrábese al borde del estanque. El agua, reducida a una pequeña zona, hacia esfuerzos por librarse del cristal que se extendía por su superficie, aprisionándola. En su agonía, el agua parecía sollozar. Juanita prestó oído. ¿La llamaban? Sí, la llamaban. Y la voz que la llamaba era cálida y temblorosa como la de su madre cuando le decía: "Te quiero mucho, hija mía. ¡Abrázame fuerte!" ¿Qué era lo que le decía ahora?... Un súbito sobresalto turbó a la niña. Estaba segura de que su madre la llamaba.

—Ya voy, mamaíta.

Y se arrojó al estanque con los brazos extendidos para un abrazo.

Crujío el hielo.

Un hombre dió una voz.

Audió el maestro Gottwald. Y en sus brazos fué conducida Juanita a la Alcaldía.

—Perdóneme, maestro Gottwald—dijo la mujer del alcalde—. en mi casa no hay sitio. Llévese usted la niña al hospital.

Y al hospital fué conducida la huérfana.

Luego, la mujer explicó a su marido:

—Me han traído aquí a la hija de Mattern, que acaba de arrojarse al estanque; pero he dicho que se la llevasen al hospital.

Berger dominó su cobardía.

—¿Han sido tus labios los que se atrevieron a negar un refugio a mi hija?

Ella tuvo un instante de estupor.

—Mi casa no es un asilo—repuso.

Y entonces él, Judas hasta aquel momento de su paternidad, dijo palabras terribles.

—Mujer: estériles han sido tus entrañas, porque no eras digna de ser madre.

Y detrás de estas palabras se ocultaron los sollozos.

V

LEMA:

**Palabras sencillas dadas al vien-
to para que las esparza como polvo
de alas de mariposas sobre los ojos
de los que saben ver... se entreabren
las puertas del reino de los sueños.**

En un pobre lecho del hospital pueblerino, la huérfana se prepara a un advenimiento de gloria y de luz, en el seno de la Muerte. Arde su cabeza como una llama, y esta llama es como un sol que da vida al mundo de los sueños. En los preámbulos del delirio, cuando la razón zozobra calcinada por el fuego de la sangre, la niña tiembla de miedo. Todos los rumores despiertan el terror escondido en su alma. Entonces se refugia en los brazos del maestro Gottwald.

—¡Sálveme! Oigo sus pasos... Sí, se acerca. ¡Que no lo dejen entrar!

—Si no viene, niñita mía... Vamos, explícamos. ¿Por qué te arrojaste al estanque?

La huérfana sonríe al recuerdo y lleva su sonrisa al rostro del maestro Gottwald.

Con pasos tácitos, que dejaban sus huellas en la tierra blanda, Berger encaminóse al hospital. Ahora ya no temía a su mujer. Había castigado sus celos y su crueldad con palabras terribles. Pero el dolor de las antiguas concesiones, tan cobardes, lastimábanle el alma. El sentimiento dormido despertábase de súbito, y el corazón congojoso encendía lámparas votivas a la enferma. Era como una explosión de cariño con hambre de gozarse en la hija. Mas ya era tarde.

— ¡Doctor, sálvela usted!

El doctor movió la cabeza dubitativamente. ¿Qué podía hacer él, un hombre? Lo que podía hacer, ya lo hizo, y Juanita seguía rendida y delirante.

Como se desgarran las sombras flechadas por la luz del amanecer, desgarráronse los rojos velos de la fiebre, y por la senda abierta comenzaron a caminar los sueños.

Y en el principio, el sueño tuvo clamores de pesadilla.

Las nieblas sangrientas de la alucinación hicieron surgir a Mattern cerca de Juanita, como la noche en que ella huyó hasta que la detuvieron las voces de su madre, en cuyos brazos quiso esconderse. Y lo mismo que entonces, la niña huía de la sombra congestionada de amenazas.

El golpe del cuerpo de la enferma cavando al suelo consumida de espanto, atrajo a Berger y al maestro Gottwald.

Acostaron a la niña. Una enfermera quedóse

a su lado. Juanita abrió los ojos de pupilas oprimidas por las garras del miedo.

— ¡Sálveme!... ¡Ahí está Mattern!

— ¡Mamaíta! ¡Mamaíta!... No te vayas sin mí. Espérame; yo me visto pronto.

Allí estaba Juana Heiber—¡la pobre Juana Heiber!—con la belleza cándida de sus años de juventud. Un largo y sedoso velo hacía virginal. La madre y la hija dijeronse palabras deliciosas que nadie pudo oír... Pero los brazos infantiles sólo abrazaron el recuerdo, sombra avara de la imagen desvanecida.

V I

L E M A :

**Que el alma se asome a los ojos,
y puesta de rodillas con la emoción
de un retorno a los años de la in-
fancia, sigue a Juanita en su último
sueño.**

Había sonado la hora del castigo de Mattern. Toda la crueldad que había empleado con Juanita revolviérase contra él. Era su crimen el más horrendo de los crímenes, el crimen que el mismo Dios no perdona...

¡Silencio!

— ¿No oís?... Un niño llora.

¡Corred, hombres justicieros, y cortad las manos y la lengua que hacen llorar a un niño!

De un crimen así era culpable Mattern. ¿Quién tendría en el corazón tesoros de bondad bastantes

para perdonarle? ¿Quién podría apoyar sin repugnancia la mano fraternal en la frente abatida del borracho enloquecido?... Huíanle las gentes; los puños de los niños mostrábansele desde lejos, como una amenaza; voces de maldición estallaban a su paso en los labios de las mujeres, y los hombres le miraban rencorosos. Y el vacío de la casa obscura, lleno de los gritos de fuera, engendraba los fantasmas del terror.

—¿Dónde estás, Juanita?... ¿Qué? ¿No vienes?

Las sombras agolpábanse en los rincones, y el albañil revolvía las sombras queriendo descubrir a la niña.

—Tengo frío, Juanita. Ven o te arrancaré la piel a golpes.

La voz conminatoria se afianzaba, y la boca, al abrirse, engullía las sombras y el silencio.

Aporrearon la puerta de la casita obscura. Un clamor, de muchedumbre golpeó los oídos, y los vecinos irrumpieron con ademanes airados.

—¡Asesino! ¿Qué hiciste de tu hija?

Mattern se hizo atrás. Su expresión tomó de la locura las formas agresivas. De sus manos engarfiadas, fuentes de los suplicios que había sufrido Juanita, parecía que manaba sangre y dolor. Tenía sus ojos buidas miradas. Era angustioso su aspecto. Y los vecinos huyeron aterrados; no reconocían en él al albañil. Aquel hombre maldito no debía pertenecer ya a la tierra... Pero, aunque ellos huyeron, Mattern seguía viéndolos, sintiéndolos a su alrededor. Allí estaban, dispuestos a ejecutar una espantosa venganza, preguntándole por Juanita.

—¡Yo no la maté! ¡Toda la culpa es de Berger!... ¿Por qué me perseguís a mí solo?

Todo un día y toda una noche estuvieron las furias dentro de su corazón, hasta que empujado por ellas, horrorizado de sí mismo, Mattern arrojóse en el abismo de la muerte.

Había sonado la hora del castigo.

Y el castigo estaba hecho.

En cambio, para los que trataron de reparar el mal y rescatar su culpa, hubo el perdón que sólo consiguen los que se lavan en las aguas lustrales del dolor. Por eso Berger sentíase perdonado, aun cuando el dolor de su crimen seguiría siempre viviendo con él.

Pasábase ahora los días en el hospital, aleñando con la respiración de la enferma, soñando, en su deseo, con un suceso extraordinario que devolviese la salud a Juanita... Hasta él había llegado, en un instante de esperanza, la esposa dolorida.

—¡Perdóname, Ernesto! ¡La querré como si fuese hija mía!—prometió, y como sus intenciones eran puras, obtuvo también aquella gracia.

—Fácil es mi perdón y ya lo tienes. Roguemos para que ella nos perdone a los dos.

A pasos quedos llegábase entonces a Juanita la última sombra, sudario de lo que se acaba. Y al borde del misterio, la niña, antes de morir, preparábase a un próximo renacer.

Porque un niño no puede morir. Se cerrarán sus ojos y cesará la música de su voz; mas ¿qué importa? El niño no ha muerto. No lo creáis, aunque os lo digan. El niño vive aún y vivirá siempre.

Sonrió el maestro. Y él le ordenó:
— ¡Juanita Mattern, levántate!

Y como la hija de Jairo, alzóse del lecho mortuorio. Y vió cómo las gentes, con el estupor del milagro, postrábanse de rodillas.

Y sus brazos tendíanse a él para el divino enlace, con la amante solicitud de los de una joven esposa, prometida al Señor.

Habíanse quedado solos. El silencio y la soledad orlaban el templo. Los ventanales de cristales vidriados y resplandecientes hallábanse abiertos a una perspectiva magnífica: campos de flores, caminos soleados y allá lejos, en lo alto, una ciudad de palacios de mármol y cúpulas de oro.

Y el maestro hizo a Juanita el regalo de su palabra.

— Juanita, amada mía, desde hoy oirás los cánticos de las alabanzas celestiales.

Mostróse entonces un inmenso estrado de nubes, en el cual los coros angélicos decían las delicias de la vida en la eternidad. Formaban los coros encantadoras doncellas y graciosos niños de la jerarquía de los ángeles, querubines rosados y serafines portadores de varas de lirios. Y sus voces claras y armoniosas llenaban los espacios de temblores de luz...

Juanita miró al buen maestro, y como un eco de las oídas resonancias, él habló, con manso decir, de los goces que la esperaban en el Paraíso.

— La Ciudad Eterna es una apacible mansión en la que no entrarán los hombres perversos, como Mattern.

“Una alta muralla la circunda y defiende.”

“Y un largo camino orillado de bienaventurados, conduce a sus puertas...”

Y al conjuro de la voz del buen maestro, Juanita puso los pies en el camino de la Gloria.

Era áspero el camino en sus principios, como símbolo de las dificultades y peligros que acechan el bien. Haciase blando luego; pero siempre empinado y difícil.

El alma limpia de Juanita, que no sufría el peso de los pecados, ascendía con ligereza. Ella caminaba con levedad, sin sufrir la atracción de los sombríos abismos por entre los que serpeaba el camino.

Y he aquí que sus ojos estaban fijos en un espectáculo maravilloso:

Los moradores de la Ciudad Eterna salían a su encuentro, coronados de flores, para darle la bienvenida.

A su paso, los Angeles rendíanle homenaje.

Y llegaban a saludarla los Arcángeles ceñidos con armaduras y sosteniendo en las manos la espada de fuego.

Y llegaban las Virtudes.

Y llegaban las Dominaciones...

Y el aire se estremecía con los sones de las trompetas anunciando la ascensión de Juanita.

Juanita seguía soñando.

A la cabecera del lecho, la Muerte parecía esperar que concluyese el sueño de la niña.

En el mundo de los hombres repican las campanas y dicen el canto de la Resurrección.

El camino parece ahora solitario. Se acerca a su fin. Divisanse ya las altas murallas que circundan la Ciudad de Dios.

Un polvillo áureo vibra alrededor de la niña.

Se abren las puertas del Sagrado Recinto.

Juanita pone sus pies en los umbralés de la Gloria...

Luz.

Así concluye la ascensión al cielo de Juanita.

EPILOGO

Ha pasado la noche.

El maestro Gottwald, Berger y su esposa hallan reunidos al amanecer esperando al médico, y, cuando éste llega, los ojos van a él pidiéndole la promesa de una esperanza.

El doctor entra a ver a su enfermita y la encuentra, aparentemente, como la dejó el último día, acaso con una expresión más dulce en el rostro.

— Duerme? — pregunta.

Se acerca, le entreabre los párpados...

— Ha muerto! — exclama.

Conmovida por los sollozos, la enfermera dice:

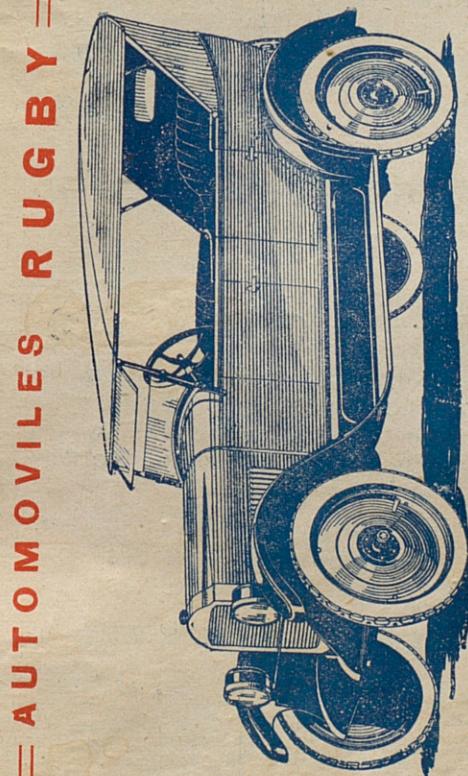
— Ha sido tan silenciosa su muerte, que nadie la oyó morir.

Y se dirige a una ventana, que abre para que el día alboree en la estancia.

Y sobre el cuerpo sin vida, que tanto había sufrido, la luz de la mañana puso un beso de paz.

FIN

En tipo americano
:: de 4 marchas ::



El automóvil más
barato del mundo

Agencia Exclusiva: "Garage Cubano"
Consejo de Ciento, 241 a 245 - BARCELONA

Festividad

= D E =



Artículos

propios para

San José REGALOS

= Grandes Almacenes =

TIVOLI

Caspe, 17 y 19 (Frente al Teatro)

Edredones, Mantas, Colchas

Juegos novia de 2, 4 y 5 prendas

Pañuelos para señora y caballero

Medias seda, sedalina hilo y algodón
en todos los colores

Camisería y corbatería para caballero

Tejidos en todas las calidades

Juegos cama desde 25 pesetas

Precios inimitables

para Regalos de S. José

= E N =

Grandes Almacenes Tivoli